



El Aturdimiento: Conspiración, orden social y persistencia de cosmovisiones

José Luis Cardero López

jluiscardero@hotmail.com

Der Mensch ist ein Tor, durch das Ihr aus der Außenwelt der Götter, Dämonen und Seelen eintretet in die Innenwelt, aus der größeren Welt in die kleinere Welt. Klein und nichtig ist der Mensch, schon habt Ihr ihn im Rücken, und wiederum seid Ihr im unendlichen Raume, in der kleineren oder inneren Unendlichkeit.
(C.G.Jung. *Septem Sermones ad Mortuos*, Sermo VII)¹

1. Conspiración y orden social.

Si, como afirma Jung en la cita que encabeza este trabajo, el ser humano es efectivamente una Puerta por la cual, desde el mundo exterior, pueden acceder a nuestro mundo dioses, demonios y almas y por la que también pueden entrar en él ciertas entidades que, tal vez, estarían mejor fuera, seguramente será interesante estudiar un fenómeno como el aturdimiento, bastante relacionado a mi juicio con el trasiego de pensamientos, ideas y teorías tan características de esa parte de la sociedad y de la cultura que se halla más próxima a los propósitos pragmáticos dominantes hoy en la mayoría de los aspectos del conocimiento, y que, por tanto, podría parecer –al menos en principio- proporcionalmente más alejada de ese otro sector, siempre esotérico, de nuestra civilización “occidental”, representado “grosso modo” por los procesos y procedimientos vinculados más directamente con la reflexión y el análisis teórico.

El aturdimiento es un concepto que puede ser utilizado en diversos ámbitos y no siempre con el mismo resultado significativo. Por tanto, partiendo de aquella pluralidad de significados, convendrá describir primero el objeto del que hablaremos en éste caso. Así, el aturdimiento habrá de ser aquí analizado ante todo en su calidad de signo, es decir, como algo que informa y advierte, no sólo sobre la marcha y el desarrollo espacio-temporal, sincrónico y diacrónico, de un determinado proceso activo, sino también sobre sus consecuencias. Me refiero concretamente a un proceso de transformación y de cambio social, que sucede, ocurre, se lleva a cabo, en nuestra

¹ “El hombre es una puerta a través de la cual penetran del mundo externo los dioses, demonios y almas en el mundo interno, del mundo grande al mundo pequeño. Pequeñez y nadería es el hombre, vosotros lo habeis ya pasado, pero volveis a encontraros en el espacio infinito, en la pequeña o interna infinitud.”. Traducción de M^a Rosa Borrás en C.G.Jung, *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Editorial Seix Barral, S.A.. Barcelona, 1989, pág. 400.

propia y actual cultura pseudo-globalizada. Una vez afirmado ésto, podremos ver seguidamente *cómo* sucede, ocurre, etcétera y, de modo casi insensible, podremos deslizarnos hacia los pantanosos terrenos del *por qué*. Más tarde, efectuando de manera inmediata un salto dialéctico desde nuestra elección y adquisición de significado, veremos *para quién*, resulta interesante, incluso necesaria, la ocurrencia de semejante fenómeno. La sucesión “*qué – por qué – para quién*” es, asimismo, significativa y revela, desde ese significado, su condición de estructura cognitiva ideológicamente condicionada.

Tras lo dicho, resulta obvio que no nos referiremos aquí a sucesos físico-fisiológicos, como los ocasionados cuando alguien recibe una descarga eléctrica y queda sumido en una situación próxima al shock. Tampoco hablaremos de las consecuencias debidas a estados emocionales, como los que suelen seguir a la recepción de una noticia particularmente impactante o a los derivados de situaciones anímicas y corporales que se producen de manera consecuente a catástrofes o acontecimientos, bien sean éstos imprevistos o en alguna forma esperados. En esas circunstancias, así como en otras similares que se podrían indicar y que son entre sí tan distintas y tan singulares cualitativa y cuantitativamente, suele hablarse también de aturdimiento, como el resultado o como producto de dichos sucesos.

Pero en estos casos, el rasgo que parece desencadenar toda la panoplia de emociones vinculadas a ese estado o situación principal es, precisamente, el hecho de su ocurrencia más o menos brusca e inesperada, por más que en ocasiones, el acontecimiento pudiera entrar en el orden de los sucesos previsibles o predecibles. De tal manera, es su presencia episódica y traumatizante la que sumerge o anula al sujeto paciente, aunque sea de manera parcial. Y casi siempre lo hace mediante pautas cronológicamente acotadas y sucesivas dentro del propio acontecimiento, es decir, con un principio, un desarrollo y un desenlace los cuales, si bien pueden mantener una cierta duración e intensidad relativas, no suelen permanecer definitivamente, ni como partes ni como totalidad. Aún cuando ocasionen, desde luego, secuelas de condición e importancia significativas para el sujeto.

En nuestro caso, como veremos, no sucede así. En el tipo de aturdimiento del que quiero hablar ahora –al que llamaré “aturdimiento social complejo” para distinguirlo de otros tipos como los citados antes- las cosas se desarrollan de un modo bien distinto. Se trata aquí de presentar un hecho o manifestación que acontece en los individuos integrantes del ámbito de un grupo social determinado y que ocurre, no de manera brusca e inesperada o inciertamente previsible o predecible, sino más bien, por el contrario, en un acontecer gradual y con efectos acumulativos que finaliza en el individuo afectado con una pérdida de la conciencia del propio acontecer generador del proceso. Éste es largo y complejo. En su curso, el fenómeno que analizamos ocupa ciertas fases, dando lugar con posterioridad –a través de una serie de cambios cualitativos- a la aparición de un determinado tipo de sujeto en el cual se manifiestan características peculiares. Me referiré a ese sujeto surgido de dicho proceso como *sujeto des-interesado*.

Sabemos, con una razonable certidumbre, que nada de lo que ocurre en el ámbito de los grupos sociales puede considerarse producto del azar o de la casualidad, aunque tal vez sí de la necesidad. Una necesidad que siempre va a estar condicionada ideológicamente y en correspondencia con las relaciones sociales históricas expresadas mediante normas, leyes y costumbres. También es así en este caso. El fenómeno que estudiamos y que describiremos luego se da como un resultado de la actividad social considerada en sentido amplio y suele ser consecutivo a épocas dilatadas de intervención manipuladora en muchos campos de aquella actividad. En ocasiones es posible observar su dependencia casi lineal con aspectos considerados clave de la llamada *economía de mercado*, como el consumo y toda la patología derivada de su fomento indiscriminado, o como las estrategias de

competitividad y agresividad subsecuentes a las políticas económicas neoliberales, por no mencionar más que algunos de los aspectos del problema. En este conjunto habremos de incluir también las consecuencias de ciertos procesos de adoctrinamiento procedentes de organizaciones políticas y de confesiones religiosas concretas, aun cuando ese particularismo no debe dificultar ni impedir el examen más amplio de los procesos de adoctrinamiento considerados en general, como elementos fundamentales y potenciadores del estado de aturdimiento social complejo que me propongo describir aquí.

El aturdimiento social es por tanto un estado o condición cuyo nacimiento puede ser debido, en principio, a los diferentes procesos de manipulación llevados a cabo por los agentes que están al servicio de intereses políticos y económicos muy concretos, y en el que entran como sujetos más o menos pacientes, de una manera simultánea y coordinada, los individuos que forman parte de una colectividad. En un principio los afectados pueden ser escasos en número, hallarse localizados en sectores muy concretos del grupo o de los grupos sociales implicados o estar incluso preferentemente vinculados a sectores singulares de edad o estatus. Pero esa condición o estado del aturdimiento social complejo se puede difundir –y de hecho, así lo hace- con una relativa rapidez, siendo entonces capaz de afectar a poblaciones cuantitativamente importantes. Los observadores sociales pueden detectar el problema en momentos tempranos de su evolución, cuando comienzan a manifestarse sus síntomas en sectores más o menos amplios de una colectividad dada o incluso cuando aparecen en varios grupos singulares de culturas diferentes. Y en muchos de estos casos es posible rastrear en cada ámbito social el acontecimiento –o la sucesión de acontecimientos- que se pueden considerar como responsables de esa situación.

Seguramente vamos a encontrar en este punto diversas dificultades para llevar a cabo el análisis. En primer lugar, nos afecta la convicción, compartida por muchos, de que es difícil hablar con objetividad *científica* sobre cambios ocurridos en grupos sociales desde una perspectiva como la que abordamos, es decir, que se mantenga siempre en referencia respecto a modificaciones inducidas, precisamente, de una manera ideológicamente condicionada, *sobre* el comportamiento de dichos grupos. Este tipo de reflexiones parece ser empujado en línea recta hacia el terreno escabroso –casi escatológico, aunque sociológicamente muy atractivo- de las teorías *conspiratorias*, que no suelen ser aceptadas por la ciencia *oficial*, la cual, en definitiva, es la que representa al Poder en los diversos ámbitos científicos y del Conocimiento ².

Como consecuencia, el simple propósito de presumir la existencia de una conspiración capaz de actuar sobre millones de individuos, se va a ver incluido directamente en el ámbito de los mitos, precisamente por su propia naturaleza conspiratoria, muchas veces indemostrable y casi siempre disimulada ³. Desde luego es necesario apuntar que, por lo general, cuando, desde el punto de vista del

² Sigo aquí las tesis de P. Bourdieu, cuando se refiere a la división del Poder en campos simbólicos de actuación.

³ En este sentido, como ejemplos de manipulaciones ideológicamente condicionadas y de naturaleza conspiratoria, podemos ver las actuaciones de los poderes económicos norteamericanos en todo el mundo y a lo largo de casi toda la historia de los EE.UU. Desde la declaración de guerra contra Japón en la segunda guerra mundial, hasta las más recientes declaraciones de la secretaria de estado norteamericana C.Rize, tratando de modificar la orientación de los esfuerzos del imperio militar-industrial en la zona de intereses de Oriente Medio, revelan un propósito de actuación manipuladora en el que dichos intereses se ven ayudados por la mayoría de los medios (TV, prensa, radio) del “mundo occidental”. Noam Chomsky pone de relieve muchos de estos hechos en la mayoría de sus obras. Véase, *Turning the Tide. U.S. Intervention in Central America and the Struggle for Peace, 1985* (Ed. Castellana *La quinta libertad. La intervención de los EE.UU. en América Central y la lucha por la paz*, Ed. Crítica, S.A., Barcelona, 1988).

conocimiento oficial, se habla de los *mitos* o de la *mitología*, en sentido amplio, sin referencias concretas, es que no se están considerando sus componentes o aspectos como referentes culturales, integrados dentro del campo de estudio de ciencias académicamente reconocidas como pueden ser por ejemplo la antropología cultural o la etnología, sino que se hace referencia a un terreno poco definido, casi siempre peyorativamente considerado, en el que van a caer –o al que van a ser lanzados– todos aquellos presupuestos o líneas de pensamiento que no concuerden, o que contradigan y se enfrenten, a los presupuestos ideológicos del campo cultural y de las capas, clases o castas dominantes en el mismo.

Pero en cualquier caso y por mucho que todo ello se quiera ocultar o minusvalorar, a pesar de las circunstancias adversas y si es que verdaderamente la conspiración existe, va a ser factible perseguir su rastro en determinados terrenos y a ciertos niveles: por ejemplo, en el conjunto de las pautas socialmente aceptadas del comportamiento individual y colectivo, en el amplio campo del uso y de las convenciones del lenguaje y, desde luego, en el terreno siempre controvertido de los sueños ⁴. Aunque para ello será necesario llevar a cabo un trabajo minucioso de análisis comparativo en el tiempo y en el espacio. Una labor más apropiada, seguramente, para algún hipotético –y desde luego cada vez más necesario– laboratorio permanente de observación social, que para el analista aislado.

En cualquier caso, la no aceptación por parte de los reductos de la ciencia oficial es algo con lo que, inevitablemente, ha de contar cualquier teoría conspiratoria o heterodoxa que se precie. Es más. La posibilidad de ese rechazo debe formar parte del entramado y de los propios supuestos básicos de dicha teoría. No obstante, la verdad –es decir, la descripción reputada como “objetiva” de algo que se interpreta como “realidad”– se puede esclarecer también, en un sentido o en otro, si se consigue poner de relieve, es decir, si se logra sacar a la luz de una manera que sea reconocida como alternativa por el grupo social, el hecho de que razonablemente existen –o de que, al menos, se puede predicar su existencia dentro del conjunto de estructuras cognitivas reconocibles de la colectividad– determinados sectores organizados y relacionados con el poder a los que, también “objetivamente”, interese el mantenimiento de una situación histórica concreta, se haya llegado a ella a través de una conspiración, o no.

Otra dificultad para entender que sobre una pluralidad de individuos puedan producirse influencias capaces de modelarlos de manera importante en su comportamiento o en su actitud, es lo que yo llamo *persistencia de cosmovisiones*. La visión del mundo que cada individuo de un grupo social lleva en su cabeza no es algo improvisado ni, paradójicamente –aunque muchos jamás lo admitirían de buen grado– tampoco se puede modificar con facilidad a través de manipulaciones, sean éstas puntuales o más prolongadas, como las ofertas, promesas y actuaciones del tipo publicitario o de propaganda electoral ⁵. La visión del mundo de cada uno de nosotros nos ha sido implantada a lo largo del proceso de socialización llevado a cabo durante años por la familia y por nuestro grupo social. En ese proceso no sólo hemos invertido una gran parte de nuestros recursos y de nuestra vida, sino que, mediante él, hemos aprendido a formar parte de una colectividad y nos hemos estructurado como

⁴ Como ejemplo de esto, véanse los estudios de Victor Klemperer, *LTI-Notizbuch eines Philologen* (Ed. Francesa, *LTI, La langue du IIIe Reich. Carnets d'un philologue*) Albin Michel, 1998; y también los de Charlotte Beradt en *Das Dritte Reich des Traums* (Ed. Francesa, *Rêver sous le IIIe Reich*, Payot & Rivages, Paris 2002).

⁵ Hay miles de ejemplos de esto que digo. La persistencia de cosmovisión puede explicar muchos resultados electorales no previstos y también muchos de los cambios cuyo logro algunos atribuyen a procesos propagandísticos o publicitarios intensivos aunque de naturaleza relativamente simple.

individuos singulares, precisamente debido a esa interrelación forzada, pero necesaria, mantenida con el grupo de socialización. No es nada sencillo, por tanto, inducir un cambio de cosmovisión, aún cuando puedan provocarse con una mayor facilidad algunos comportamientos y hasta ciertos modos de pensar concretos. De hecho, cuando se consigue tal cambio de cosmovisión, puede ser a costa de desencadenar procesos muy graves y relativamente poco controlables de patología social⁶. Pero, si bien no es sencillo, es desde luego posible llevarlo a cabo a través de una labor mucho más lenta, metódica y extendida a lo largo de varias generaciones⁷.

En este sentido, la propia naturaleza de la condición humana y su relativamente corta historia, si se considera incluida dentro del conjunto mucho más dilatado de la evolución biológica, parece inducir un rechazo hacia la consideración de procesos largos y extendidos en el sentido de su actuar sobre los individuos. Todo pretende ser muy rápido. Tal como cambian los procesos y las estructuras sociales en el curso de pocos decenios y teniendo en cuenta la duración de la vida humana, se cree que resulta casi imposible la actuación sobre el individuo de influencias lentas y mantenidas. Sin embargo, no es así. Los individuos comienzan a ser influenciados desde su llegada al núcleo familiar y lo van a seguir siendo –de una u otra manera– a lo largo de su existencia. Pero lo que interesa medir aquí ya no es tanto la influencia individuo a individuo, la suma de resultados singulares, como la resultante social global de dicha influencia.

Existen acontecimientos históricos que, en sí mismos, han durado relativamente poco. Por ejemplo, el nacional-socialismo en Alemania. Dejando aparte sus antecedentes, podemos considerar una fecha de comienzo más o menos coincidente con la refundación del NSDAP por parte de Hitler en 1923. Su final, al menos *oficialmente*, ocurrió en mayo de 1945. Aun cuando contemos aquí con un periodo de unos ventidos o veintitres años comprendido entre ambos acontecimientos, tendremos también presente que el periodo durante el cual el nazismo pudo ejercer su poder amparado en el aparato del Estado alemán fue todavía más breve: desde 1933 hasta 1945. Es decir, unos doce años. Pero ese breve transcurso de tiempo –breve si lo comparamos con el discurrir de miles de años de historia conocida– fue suficiente para poner del revés grandes áreas del mundo, ocasionar terribles tragedias y espantosos crímenes e influir sobre la vida de millones de seres humanos nacidos varios decenios después de aquellos hechos. Incluso podríamos afirmar sin exagerar que nuestro mundo de hoy es como es por causa de esos hechos del pasado. ¿Cuántas influencias no han ejercido los sucesos derivados de la ideología nacional-socialista y de su peculiar y característica *weltanschauung* sobre individuos de todos los grupos sociales y de todos los grupos de estatus próximos y lejanos en tiempo y espacio de su causa primera? Cuando en nuestros días vemos a un individuo en un campo de fútbol exhibir una bandera nazi ¿Podemos considerar que hay una línea que conduce desde ese acto en sí, hasta los ya “lejanos” días en los que el *führer* tronaba en Alemania o podemos prescindir alegremente de ese convencimiento quitándole importancia? He aquí, en cualquier caso, un ejemplo de influencias mantenidas a lo largo, incluso, del existir de varias generaciones y que superan ampliamente el decurso cronológico de una simple vida individual.

⁶ Como los descritos por Alexander y Margarete Mitscherlich en la Alemania posterior a la segunda guerra mundial (*Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*. Ed. castellano, *Fundamentos del comportamiento colectivo*, Alianza Editorial, Madrid 1973).

⁷ Tal es el caso, por ejemplo, de lo conseguido por el cristianismo frente al paganismo. En realidad, los procesos de cristianización llevados a cabo en todo el mundo y en el seno de las culturas más diversas, se pueden considerar como un modelo paradigmático de cambio de cosmovisiones.

En resumen, tenemos por tanto al menos dos argumentos que se presentarían frente a nuestra intención de examinar las fuentes del aturdimiento social: la resistencia por parte de la corporación científica frente a la presentación de teorías conspiratorias y la resistencia al cambio que se manifiesta por parte de los individuos frente a una variación en las maneras de ver y entender el mundo. O dicho de otra forma: los representantes de los intereses de la clase dominante se van a esforzar al máximo para negar la existencia de conspiraciones que afectan a grandes sectores de la población, intentando desprestigiar en bloque a *todas* las teorías conspiratorias. Por otra parte, los individuos, en una postura que nos será presentada como singular y a la que se negarán todos o la mayoría de sus componentes sociales, se resistirán a cambiar sus puntos de vista sobre el mundo, aun sin llevar a cabo análisis alguno acerca de la parte de implantación forzada y acrítica que compone aquella cosmovisión. En este sentido, se negará en lo posible el hecho de que existen líneas de influencia cuya actividad se mantiene a lo largo de varias generaciones, sostenidas, claro es, por los que, en esos periodos, tienen en sus manos el poder económico y político.

2. Acción y reflexión

En nuestro mundo actual se presenta la avalancha informativa procedente de los medios de comunicación como un progreso notable y como uno de los resultados más llamativos de las llamadas “sociedades democráticas”. Se afirma alegremente que de esa avalancha informativa nace la libertad en tanto que *posibilidad* de elegir. Así, por ejemplo, en los procesos electorales, se insiste una y otra vez sobre los resultados cuantitativos obtenidos por los diversos contendientes y se pone de relieve la celeridad con que dichos resultados se han obtenido, todo ello, según se dice, para una mejor salvaguardia del sistema democrático e *información* de los electores.

Sin embargo, siguiendo con el ejemplo electoral, en su manifestación pública se revela poco o nada acerca de la *naturaleza* del propio sistema electoral y sobre la notable merma de representatividad –o de correspondencia entre los auténticos deseos de los electores y los resultados finalmente obtenidos- que procedimientos como los vigentes en la actualidad inducen en el proceso, considerado como acto global. De tal manera que la avalancha informativa se concentra sobre todo en la forma, dejando en la oscuridad las cuestiones de fondo. La *continuidad* del sistema electoral se presenta como un elemento que asegura y protege el proceso en su conjunto, cuando lo que protege y asegura en realidad son los intereses de los clanes dominantes expresados en el proceso electoral. En este sentido suele invocarse la rigidez (estabilidad, se dice) del sistema como un factor indispensable para la seguridad del mismo, ocultando el hecho obvio de que, en las organizaciones complejas –y la organización social lo es en su sentido más amplio- lo que asegura la supervivencia del sistema no es el incremento de la rigidez, sino la conservación de un equilibrio, que siempre será inestable, entre las tendencias esclerotizadoras y las fuerzas disgregadoras. Es decir: las organizaciones complejas sobreviven al borde del caos. Esa es su naturaleza. Y no hay que considerar su probable final como una catástrofe, sino más bien como una posibilidad –solo una posibilidad, nunca una *seguridad*- de avance cualitativo.

Nuestro ejemplo ilustra una tendencia general presente en las culturas humanas con independencia del tiempo cronológico o del espacio en que se consideren. Probablemente desde los primeros momentos de su existencia como tales, los seres humanos –como seres simbólicos y reflexivos- se han visto empujados a una lucha mantenida entre la acción y la reflexión. Es necesario actuar en el mundo,

previamente transformado en cosmos, es decir, ordenado y clasificado conforme a una manera de ver y de entender propia de cada cultura y de cada momento histórico. Si no se actúa, no es posible continuar. Es necesario actuar incluso cuando parece que no se actúa, cuando parece que todo se ha detenido. La actuación es inseparable de la capacidad de simbolizar, puesto que ésta se halla en el comienzo de cualquier actuar.

Pero la actuación es también inseparable de la reflexión. La reflexión es un *apoderarse-de* (los datos, las informaciones recibidas sensorialmente) y *colocar-en* o *disponer-frente-a* las informaciones, datos y conocimientos ya almacenados, tanto a nivel individual como a nivel del grupo social, de la sociedad e incluso de la especie y de la naturaleza en su conjunto. Mediante la reflexión, el ser humano es capaz de establecer un *plan del mundo* y codificarlo luego en paquetes o unidades cognitivas susceptibles de ser utilizadas cuando convenga. En esos paquetes cognitivos se pueden albergar informaciones y planes de todo tipo. Probablemente sea ésta una propiedad o capacidad característica de todos los seres vivos como organizaciones complejas, aun cuando parece que los seres humanos la han desarrollado de forma muy importante.

En cualquier caso, es necesario que exista un equilibrio dinámico entre actuación y reflexión. El predominio de una o de otra podría llevar a la aniquilación del sistema, bien por parálisis de la actuación, bien por la desagregación ocasionada por una actuación compulsiva no modulada por la reflexión. A lo largo del proceso de socialización en sus diversas etapas, se sintoniza esta capacidad del individuo de mantener una relación activa entre actuación y reflexión, con las circunstancias en las que se va a ver comprometido durante su vida social. Desde muy pronto, el individuo se va a ver empujado a tomar decisiones que le afectan no sólo a él, sino a los individuos próximos y, según vaya ampliando sus horizontes más allá del entorno familiar, a individuos cada vez más alejados. El análisis de las relaciones del individuo en el ámbito de los distintos grupos y colectividades por los que va discurriendo su vida, pone de manifiesto los distintos niveles de actividad afectados y asimismo el grado de eficacia de los modelos cognitivos implicados en cada uno de dichos niveles.

Los modelos cognitivos más importantes en esta fase de la relación vital son, precisamente, aquellos que encierran los cuadros de instrucciones y comportamientos a los que denominaremos “modelo cognitivo global de actuación” y “modelo cognitivo global de reflexión”, cada uno de los cuales posee un sistema de interrelación (“modelo cognitivo de interrelación y balance”) adecuado para que esa actuación se lleve a cabo conjunta y equilibradamente. Tal vez sea necesario comentar que, cuando me refiero a los modelos cognitivos, no estoy hablando de mecanismos rígidos y deterministas de la actuación individual. En realidad se trata de patrones de proceso que están dotados de una gran flexibilidad y capacidad de adaptación, propiedades adquiridas a lo largo de muchos miles de años de cultura humana, pues verdaderamente son estructuras culturales mediante las cuales la colectividad influye sobre los individuos recién incorporados a ella, tal como he intentado explicar en otro trabajo ⁸. Pretendo demostrar la importancia que tiene el desarrollo de ese equilibrio dinámico mantenido entre actuación y reflexión, para el surgimiento de patologías sociales representadas por las figuras del individuo *des-interesado* o del aturdimiento y la manera en que, precisamente a lo largo de ese esfuerzo, pueden constituirse terrenos abonados para que se manifiesten tales patologías. Por eso me detendré ahora brevemente en el examen de los modelos cognitivos citados.

⁸ J.L.Cardero, *Los modelos cognitivos. Pautas de control social*

3. Los modelos cognitivos y el orden social.

En cuanto al funcionamiento de los modelos cognitivos y las estructuras relacionales dinámicas sobre las que tienen que actuar, un aspecto básico que es necesario poner de manifiesto es la cuestión de lo que llamamos “grados de libertad” y que básicamente se refiere a lo siguiente.

Dentro de los grupos y de las estructuras sociales los individuos que los forman no son absolutamente libres, sino que sus relaciones e interrelaciones están configuradas por grados de libertad. Esa es la expresión de uno de los mayores conflictos que se pueden presentar entre el individuo como ente singular y el individuo como ser social y que suele ser también un conflicto soterrado, oscurecido y mitificado por los intereses dominantes. Se habla, en efecto, de sociedades “libres” o de su figura metafórica, las sociedades “democráticas”, como de aquellas en las cuales el individuo goza de “libertad” y suelen contraponerse a aquellas otras sociedades denominadas “totalitarias” o “no democráticas” en las que los individuos no disfrutaban de tales libertades. El proceso de mitificación –o de construcción del mito- en relación con conceptos como “libertad”, “democracia” o “totalitarismo” entre otros, es un aspecto fundamental que también suele presentarse o estar enmascarado bajo diferentes ropajes argumentales que lo justifican. Todos estos mecanismos van a actuar sobre el individuo durante los procesos de socialización y aprendizaje, constituyendo una parte importante de su manera de ver y de entender el mundo que lo rodea⁹.

Así, nuestra visión del mundo, aunque la disimulemos bajo ese eufemismo posesivo, no es verdaderamente “nuestra”, sino en realidad de nuestro grupo social, de nuestra cultura. Cuando un individuo se obstina en mantener “sus” propios puntos de vista –y decimos “sus” en la medida en que él puede presentarlos así, como suyos e incluso haberlos elaborado con una cierta autonomía- frente a los de la colectividad a la que pertenece, por lo general suele terminar como un marginado y muy posiblemente como un heterodoxo y un perseguido. Esto ocurre con frecuencia, porque los grupos sociales suelen ser mucho menos flexibles y permisivos respecto a las actitudes personales de lo que están dispuestos a reconocer. Y tal afirmación vale, según creo, para *todos* los grupos sociales humanos¹⁰.

Aprovecharemos el examen de la relación que las colectividades sociales mantienen respecto a las actitudes individuales de sus sujetos integrantes, para analizar algunos de los aspectos escondidos de dichas relaciones y que suelen ser un campo de actuación habitual de los modelos cognitivos. Para ello, no se trata sólo de que presentemos la tarea de argumentar, es decir, en este caso, el resultado de un suceso *esperado*: que la aparición de posturas singulares contrapuestas sea algo normal en una colectividad, ya que no todos los seres humanos vamos a pensar lo mismo, a comportarnos de idéntica manera o a reaccionar igual ante las circunstancias vitales. Además de presentar la tarea, es necesario reflexionar sobre su *necesidad* y sobre su *intención*. Si examinamos aquél argumento superficialmente, quedándonos sólo en la presentación de la tarea, la tendencia general podría ser a calificarlo como cierto. Pero si buscamos la necesidad, la intención de esa presentación, tal certeza puede que no pase de ser entonces sino pura apariencia: esa apariencia que media,

⁹ En este sentido podemos decir que el individuo en tanto que es en el mundo, “es” lo que es su visión del mundo.

¹⁰ En todos los grupos sociales humanos se presentan los heterodoxos. La actitud de la ortodoxia hacia la heterodoxia suele ser de rechazo y de persecución, y aun cuando puedan darse ciertas posturas de tolerancia en un principio éstas se mantienen relativamente poco tiempo. No hace falta, según creo, invocar ejemplos que se dan en todos los grupos políticos, religiosos, económicos y sociales en cualquier parte del mundo.

quizá como fantasmagoría inducida, entre lo esperado y lo que realmente ocurre. O entre lo que ocurre *por que sí* y lo que tiene que ocurrir una vez puestos los medios *necesarios* para ello.

Aunque tal vez, decirlo así como lo decimos: “*es normal y esperado que en una colectividad humana aparezcan posturas singulares contrapuestas*”, si no vamos más allá, parece poner de manifiesto algo que cualquier observador describiría como evidente. Sin embargo, muchas veces las cuestiones evidentes suelen encerrar auténticas trampas semánticas y dialécticas. En este caso, la afirmación primera no tiene mucha razón de ser si se manifiesta aislada, si no se dice nada más que eso, si esa construcción no se utiliza como apoyo para algo que viene luego y que es lo que *verdaderamente* dota de significado al conjunto. Un significado moral, podríamos decir, en sentido figuradamente kantiano, pues surgiría entonces ante nuestros ojos *el plan* del que dicho significado forma parte.

Porque, cuando se habla acerca de la aparición de esas posturas singulares en una colectividad y se califica además seguidamente tal fenómeno y su posibilidad de acaecimiento como una prueba del nivel de libertad de esa colectividad, lo que en realidad se hace es presentar una de las condiciones lógicas y esperadas de la confluencia de personalidades individuales –con una naturaleza análoga a la de una función matemática– no como si ésta fuera su característica más importante, sino como un argumento moral, ya que esa carga simbólica se ha desplazado hacia la segunda parte –la medida del nivel de libertad a que se hace mención– y con ello se habría transformado experimentando un salto cualitativo. Aquí aparecen entonces la necesidad, la intención, al lado de la presentación, integradas en un entramado o constructo relacional dinámico que posee capacidad de transformación sobre el entorno: “aparición de posturas singulares --- nivel de libertad”. Esta correspondencia entre conceptos ofrece –tal como suele ocurrir en éste tipo de constructos dinámicos– un lado iluminado, directo y evidente, pero también muestra un aspecto oscuro, difuminado, tal vez oculto intencionadamente. Y ello ¿por qué?

En primer lugar –puesto que el ser humano es un ser social y no se conoce ninguna alternativa a esa situación de facto– porque, ante la aparición de manifestaciones individuales en el seno de una colectividad, lo que verdaderamente cuenta es su importancia *relativa* frente al corpus doctrinario –llamémosle así– de esa comunidad, considerando que el individuo no es absolutamente libre frente a su grupo de pertenencia, ya que, a lo largo del proceso de socialización, se le han impuesto unas pautas de actitud y de comportamiento que son aquellas socialmente aceptadas y reconocidas como propias por dicho grupo social de pertenencia, aunque puedan no serlo –o no serlo del todo– por el propio individuo ¹¹.

En segundo lugar, porque si bien algunos grupos sociales reprimen con mayor vigor que otros esas manifestaciones individuales, dicha represión siempre existe, aunque se disimule. Aquí juega otro mecanismo cognitivo casi omnipresente: la debilidad en la represión de las manifestaciones individuales, la permisividad o la tolerancia, se toman por –equivalen a– una *ausencia* de represión. Sin embargo debemos tener en cuenta que la represión nunca se ejerce gratuita o caprichosamente. Siempre tiene una causa fundamentada y por lo general en estos casos de la actitud mantenida hacia las manifestaciones individuales en el seno de una colectividad, suele estar en relación directa con el grado de definición de su identidad que el grupo considere como necesario frente a la presencia o a la competencia de otros grupos. Y esto suele enmascararse en muchos casos, como sabemos, con pretextos políticos, religiosos o de otro tipo, que hacen más difícil su

¹¹ De que esto es así da fe la propia existencia de marginados y heterodoxos en diversos grados de enfrentamiento hacia el grupo, en *todas* las colectividades humanas, con independencia de su reconocimiento o no por dichas colectividades.

reconocimiento. Lo que prevalece por consiguiente es el control social de *todas* las manifestaciones individuales. Y ello ocurre tanto en las sociedades o culturas “totalitarias” o –por emplear un término de moda, “fundamentalistas”- como en las permisivas y más tolerantes.

Esto, en realidad, no es tanto un defecto como una necesidad de las organizaciones complejas, que no pueden subsistir si no es manteniendo ese equilibrio dinámico establecido entre las tendencias a la rigidez y las tendencias disgregadoras, según ya hemos dicho. Ningun modelo social puede perpetuarse sin unas ciertas restricciones impuestas a sus miembros. Por lo general, en los modelos sociales permisivos, esas restricciones –laxas al principio- se van acentuando progresivamente a medida en que el propio ambiente permisivo favorece la aparición de posturas heterodoxas, teniendo presente que las organizaciones complejas interactúan en un marco de complejidad cualitativamente avanzado y son impulsadas hacia el borde caótico que las aguarda al final de su trayectoria.

Hablamos por tanto justificadamente de grados de libertad en el ámbito del orden social, en el marco de la cosmovisión del grupo social, refiriéndonos tanto a los individuos en su nivel de actuación, como a las colectividades o grupos sociales en el suyo. Esos grados de libertad se desarrollan a lo largo de coordenadas establecidas para cada cultura y aun cuando puedan mostrar algunas semejanzas entre ellos si consideramos los atribuidos a culturas diferentes en el espacio y en el tiempo, en realidad guardan muchas de las características peculiares propias e identificativas de cada una de dichas culturas. Sería interesante, aun cuando no sea posible hacerlo aquí, analizar el procedimiento mediante el cual cada cultura humana existente en un espacio y un tiempo concretos –es decir, en un entorno histórico- elaboran y estructuran esos grados de libertad, en los que reconoceremos ya las cualidades que identifican a los grandes modelos cognitivos generales culturalmente significativos ¹².

Un modelo cognitivo viene a ser por tanto y en alguno de sus aspectos algo así como un programa informático, salvando, desde luego, las distancias que existen entre el individuo humano y una máquina, porque hablamos de niveles cualitativamente distintos. Pero hay notables similitudes en ambos casos y no porque en el estudio de los procesos que afectan a la socialización de los individuos se tienda a calcar o a copiar los modelos aplicados a la informática, sino seguramente debido a lo contrario, es decir, porque, en general, los seres humanos volcamos muchos de los esquemas de nuestra organización individual y social sobre los proyectos que hacemos de nuestras máquinas e instrumentos. Éstos son, en realidad, modelos funcionales casi perfectos –al menos en su intención y propósito- de nosotros mismos y de nuestros sistemas sociales, llevando en sí muchos de nuestros defectos y también, como no, algunas de nuestras virtudes. Ese es el motivo por el qué, cuando estudiamos la tecnología de una cultura concreta, podemos –si queremos- aproximarnos mucho al espíritu de sus constructores y utilizadores, desarrollado en *su* espacio y en *su* tiempo.

En cualquier caso, las organizaciones complejas –como es el caso de la organización social o el de los individuos que la componen- requieren de una serie de funciones capaces de ofrecer respuestas automáticas o semiautomáticas ante requerimientos del entorno que, o bien son de carácter repetitivo o bien, sin serlo en sentido estricto y aun mostrando aspectos cuantitativa o cualitativamente diferentes, aparecen con una cierta regularidad. Ciertos “respondedores” se encargan de enfrentarse a los requerimientos repetitivos sin necesidad de distraer a la organización en cada caso obligándole a prestar su atención a eventos que, aun pudiendo ser importantes, pueden solucionarse con un acontecimiento-respuesta previamente preparado. Estos “respondedores” suelen ser tanto más automáticos, cuanto mayor es

¹² Intento desarrollarlo en mi trabajo *Orden social, cosmovisión y grados de libertad*.

el grado de complejidad y de abundancia de niveles de organización de las organizaciones complejas ¹³.

Sin embargo, muchas veces es necesario conocer con exactitud cual ha de ser la actitud o el comportamiento ante una situación que tal vez puede presentarse o tal vez no, pero cuya resolución no conviene en ningún caso dejar al azar, para una mejor defensa de los intereses del individuo o de la propia organización social. Se trata de situaciones que, por lo general, no van a comprometer directamente la seguridad ni la integridad de la organización o del individuo, aunque sí pueden ser importantes y hasta decisivas en la consolidación y articulación de otros estados históricos que luego se derivarán de aquellos. En este caso es cuando suelen actuar los modelos cognitivos implantados durante el proceso de socialización.

Los modelos cognitivos pueden presentar una gran variedad en sus estructuras y en su propósito, por lo que resulta difícil –y en cualquier caso artificioso y no demasiado necesario para entender su funcionamiento- el clasificarlos de una u otra manera. Siempre habrá algún modelo cognitivo que no quepa en una hipotética clasificación, bien por que responda a alguna situación poco conocida o por que se haya transformado debido a las circunstancias de la sociedad en la que actúa o, tal vez, por haber sido importado de otra cultura, próxima o lejana. Los modelos cognitivos van a ser tan variados, multiformes y proteicos como lo son los modelos sociales y culturales en sí mismos. De todas formas, será posible reconocerlos de por sí o a través de sus pautas principales, ya que, al fin, las situaciones para las que se hallan previstos en las distintas sociedades y culturas no son, en definitiva, tan diferentes ¹⁴. Por lo general, están formados casi siempre por la conjunción de, al menos, dos tipos de estructuras funcionales: un sistema general multioperativo que suele ser muy parecido de unos modelos cognitivos a otros y un sistema operacional específico, aplicable a situaciones o casos concretos. Suele ser casi siempre éste sistema específico el que –por decirlo de algún modo- “muta” o es generado por una cultura o un grupo social dados, apoyándose en los sistemas multioperativos, es decir, en una especie de estructura que puede ser heredada o transmitida a través del espacio-tiempo. Por esa razón podemos reconocer ciertos “patrones” en modelos cognitivos correspondientes a culturas por lo demás muy distintas y ajenas a nosotros. En cualquier caso, estos instrumentos desempeñan un papel esencial en los procesos de integración de los individuos en el grupo social y en la interacción de los diversos grupos sociales que componen una cultura. Su importancia no es menor cuando se utilizan como elementos ideológicamente condicionados para conseguir llevar a cabo una manipulación de los individuos a través de esos procesos básicos de socialización y educación a los que todos estamos sujetos en nuestro devenir como seres sociales.

¹³ En este sentido, los sistemas a los que llamo “repetidores” son, en la organización social, de función semejante a los circuitos neuro-musculares establecidos en los organismos para hacer frente a eventos de nutrición, desplazamiento, secreción de sustancias reguladoras (hormonas, enzimas y otras), circuitos de tipo “feed-back” y otros.

¹⁴ Aquí estamos jugando simultáneamente con dos niveles distintos de complejidad. Por un lado, la diversidad de culturas. Por otro lado, la semejanza de las situaciones a las que esas culturas hacen frente. Según el nivel al que nos acerquemos por razón de las necesidades del análisis, se pondrán de manifiesto la diversidad (cultural) o la semejanza (situacional) o incluso ambas al tiempo. Esta paradoja en la observación puede provocar una sensación de vértigo y tendencia a calificar al fenómeno como “incomprensible”, dificultad añadida al problema generado por el principio de incertidumbre que siempre va asociado a este tipo de observaciones.

4. Símbolos del orden social: el aturdimiento como objetivo.

Muchos conflictos sociales tienen su origen en un choque de cosmovisiones, es decir, en la confrontación de conjuntos complejos interactivos de modelos cognitivos. En éste sentido, todos actuamos de una manera mucho menos independiente y asimismo mucho menos arbitraria de lo que suponemos o de lo que las instancias del poder se empeñan en repetir, incluso en circunstancias que pueden sorprendernos por su violencia o por su desencadenamiento repentino e inesperado. Precisamente, el poder del orden social se manifiesta sobre todo en los conflictos, en su presentación, en su desencadenarse, en su aparición brusca y paralizante y en su violencia. Y de una manera más característica, se manifiesta en la forma *aprendida*, asumida, internalizada, de hacer frente a esos conflictos, aceptándolos como algo propio e inevitable de la convivencia, borrando por tanto el carácter –más auténtico y fiel- que presentan como armas e instrumentos del poder.

Bastantes personas se niegan a aceptar una visión tal del ser humano que muestra la manera en que éste, en su aspecto real, operativo, digamos, se aleja mucho del tipo ideal que está vigente en el imaginario colectivo al menos desde los tiempos de la Ilustración y que, sin embargo, es el aspecto que mejor se corresponde con nuestra vivencia y con nuestras experiencias cotidianas. Los eslóganes de las sociedades desarrolladas que se pintan en grandes rótulos, colocados, por otra parte, intencionadamente fuera del alcance y del control de los individuos comunes, nos hablan de libertad, de igualdad de oportunidades, de control sobre el poder político y económico y de muchas otras cosas que no existen en la práctica. Y casi todo el mundo acepta semejante carencia como algo natural, pues ya se sabe que *siempre habrá* una distancia entre lo real y lo posible, entre la práctica y la teoría, entre lo cotidiano y lo utópico¹⁵. La presencia del conflicto se transforma en imagen revelada de una carencia atribuible a la naturaleza humana, pero en ningún caso el conflicto se atribuye al desarrollo de intereses de clase, de capa o de casta expresados a través del poder. La imagen de la *distancia* entre lo real y lo utópico sustituye así a lo que debería ser el resultado de una confrontación dialéctica, producida por la *diferencia* de intereses entre los dominantes y los dominados.

Como espectadores de la representación en ese teatro del mundo, nos encontramos, por tanto, en presencia de tres fenómenos concurrentes: Primero, la presentación del poder (en sus diversas formas: económico, político...) como agente de modulación y de conflicto. Segundo, la aceptación como inevitables por una gran parte de los individuos de las consecuencias de esa presentación del poder. Tercero, la aparición (en in-tensión y en ex -tensión) del aturdimiento social como un objetivo deseado –y en muchos casos, logrado- por las clases dominantes, para una mejor defensa de sus intereses y el éxito de sus fines. Según veremos, la lucha ideológica no solamente no es una cosa del pasado, sino que se desarrolla en nuestros días con enorme violencia, por más que esa violencia sea camuflada, desviada o disimulada en movimientos y conflictos de apariencia diversa y su propia energía aprovechada como elemento de apoyo al sistema social vigente.

En este sentido conviene analizar con cierto detalle las relaciones mantenidas entre el orden social como imagen (social) del poder y la expresión de una necesidad

¹⁵ Y hablamos, como queda dicho, de las sociedades denominadas “desarrolladas”. Una enorme parte del planeta y de sus pobladores se quedan absolutamente fuera de estas consideraciones. Este único hecho bastaría para poner en entredicho la validez, la necesidad, la *moralidad*, de nuestra civilización “desarrollada”, si los modelos cognitivos implantados en los procesos socializadores y educativos no modificaran nuestras perspectivas de tal manera que hagan posible nuestra aceptación de tales hechos.

como respuesta a otra necesidad, es decir, la necesidad del aturdimiento como respuesta a la necesidad de la lucha ideológica o, también, la necesidad como imagen simbólica mediante la que se manifiesta el proceso del control social que desemboca en el “aturdimiento social complejo” en tanto que hecho social.